

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

CATALINA MICHELON.

I.

No lejos de la plaza de San Sulpicio, en una de las mas humildes casas de la calle Ferou vivía hace algunos años una muger anciana que se llamaba Catalina Michelin y ejercía la profesion de plegadora en casa de un encuadernador, á donde todas las mañanas se dirigía muy temprano para ocupar su banquillo de pino delante de la gran mesa comun. Catalina era la mas activa y la mas hábil de las plegadoras, á pesar de sus sesenta y seis años bien cumplidos. Era preciso verla con su plegadera en la mano reducir las anchas hojas á la forma y tamaño de octavo.

De muchos años atras habian pasado por sus manos multitud de libros célebres, sin que se hubiera tomado el trabajo de dirigir sus miradas sobre sus páginas, como no fuese para comprobar la signatura. Sabido es que entre los librerios se llama signatura el número colocado al pie de la primera página de cada pliego, y que sirve para la clasificacion de los pliegos del volumen y para la comprobacion de su conjunto.

Catalina era la operaria mas puntual de cuantas asistían á la librería. Aunque siempre llegaba la primera, salía despues de sus compañeras; sin embargo jamás entraba por las mañanas en la librería, sin haber oido á las seis una misa rezada en San Sulpicio; cuando los trabajos del obrador la detenían hasta despues de las siete de la noche, se persignaba devotamente al oír la campana que tocaba las oraciones, rezaba una breve plegaria y volvía alegremente á su tarea.

No habia una persona en la librería que no amase á la vieja plegadora, á quien su antigüedad, y mas todavia su carácter amable y servicial, daban una especie de autoridad sobre sus compañeras. En todos los casos difíciles se recurría á la madre Catalina Michelin, y frecuentemente mas de un buen consejo dado por ella, vino felizmente en auxilio de cualquiera de las mugeres que á su lado trabajaban. Por lo demas Catalina no se limitaba á dar consejos; si no que mas de una vez socorrió sin vacilar con su pobre bolsa á alguna viuda menesterosa, ó fa-

milia sumida en la desgracia por una enfermedad ó por cualquiera otra calamidad imprevista.

A pesar de la bondad de su carácter y la especie de supremacía que ejercía sobre todos aquellos entre quienes vivía, comprendiendo á su mismo protector el librero, que se mostraba lleno de confianza y estimacion hácia la decana de sus oficiales, Catalina Michelin era ordinariamente de carácter melancólico. Hablaba poco y no dispensaba sus palabras, como se decia en el obrador, si no para decir las cosas indispensables á la marcha del trabajo general. Muchas veces, sin pararse sus manos y sin cesar de plegar rápidamente el papel, caía en una meditacion profunda; entonces sus miradas eran fijas, no oía cuando se le hablaba y era preciso tocarla en el hombro para sacarla de este estado; y cuando esto acontecia, temblaba de pies á cabeza, miraba á su derredor con sorpresa, como si volviera de un sueño y casi siempre enjugaba una lágrima detenida bajo su párpado.

Una mañana llegó Catalina á la librería dos horas antes que sus compañeras; púsose á trabajar con un ardor casi furibundo, y no abandonó la plegadera en la media hora de descanso concedida para almorzar. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza para mirar el relox de madera que se hallaba colocado en frente de ella. A medida que avanzaba la hora, Catalina daba las señales mas visibles de turbacion y de impaciencia; su trémula mano apenas podia sostener las hojas; se inmutaba, ora poniéndose pálida, ora encarnada y su corazón latía fuertemente. En el momento de dar las cuatro de la tarde, se levantó bruscamente, balbuceó algunas palabras de excusas al librero, ó mas bien se escapó y salió del obrador.

Era esta la primera vez que semejante cosa acontecía á Catalina, despues de tantos años que trabajaba en el obrador de encuadernacion. Facilmente se concibe la impresion que produciria entre las operarias una innovacion tan poco prevista; de seguro se hubieran asombrado menos de ver á las torres de San Sulpicio mudar de sitio que á Catalina salir de la librería á las cuatro; así que hubo una ligera suspension de trabajo durante la cual cada una se entregó á todas las conjeturas imaginables.

Dos horas despues volvió Catalina, pálida y

con los ojos llorosos. Sin decir una palabra cogió su plegadera y se puso á trabajar con una actividad febril; apenas sabia lo que hacia, trabajaba maquinalmente y ni siquiera se acordaba de limpiarse el sudor que corria por su frente.

A pesar de los deseos que todos tenian de saber la causa de la repentina salida y de la emocion de Catalina, nadie se atrevió á dirigirle la menor pregunta. A la mañana siguiente se presentó en el obrador, como la vispera, muy temprano; esperó con la misma ansiedad que diesen las cuatro de la tarde y salió á la primera campanada del reloj. Cerca de las seis eran cuando volvió! Esta vez, todas sus facciones expresaban la mas viva alegría; la sexajenaria parecia haber vuelto á la edad de veinte años; su mano temblaba, como la vispera, pero ahora era de felicidad. Cuando sonaron las oraciones rezó su plegaria mas larga que de costumbre, y pronunció algunas palabras en voz alta sin apercibirse de ello. Al mas alto punto fué excitada la curiosidad general, y todos sentian vivos deseos de preguntar á Catalina Michelin; pero nadie se atrevia. Sin embargo, una plegadora vieja y mas intrépida que las demas, se aventuró á hacerla la siguiente maliciosa pregunta:

—Se podria saber, señora Catalina, de que medio os valeis para hacer vuestra tarea faltando tanto tiempo del obrador?

—De un medio muy sencillo, viniendo dos horas antes que las demas, contestó Catalina con un tono que no admitia otras preguntas.

A pesar de esta embozada reconvenccion, Catalina Michelin continuó saliendo todos los dias á las cuatro de la tarde, excepto cuando habia mal tiempo. Los dias de lluvia ó de frio, hacia vanos esfuerzos por ocultar la tristeza que la abrumaba. Cuando el cielo se mostraba dudoso, consultábale sin cesar con la vista, se animaba al ver un poco de azul brillar al traves de las nubes, y se desconsolaba si el sol desaparecia de nuevo. Hizo mas; compró un barómetro, que colgó en un rincon del obrador y al cual consultaba con el dedo cada vez que los deberes de su profesion la obligaban á levantarse. Como era de esperar, este barómetro llegó á llamar la atencion general; era una especie de distraccion para aquellas mugeres sujetas á un trabajo asiduo. Todas se dedicaron á estudiar las menores variaciones del instrumento meteorológico; cuando subia ó bajaba la aguja se apresuraban á noticiarlo á Catalina, la cual ó se regocijaba ó se afligia con estas variaciones.

Entretanto la salida cuotidiana de Catalina, á una hora fija habia pasado al estado de costumbre, y la costumbre habia enervado la curiosidad en términos que nadie se admiraba de verla salir y entrar á la misma hora todos los dias. En muchos de ellos, sus mismas compañeras la avisaban que iban á dar las cuatro, le alargaban su chal y se marchaba. Esta salida fija de todos los dias y á la misma

hora no era el único cambio ocurrido en la manera de vivir de la vieja plegadora. Vestíase ya y aun adornábase con mas esmero, poniéndose la ropa que comunmente reservaba para los domingos y dias de fiesta. Un chal de demasiado valor para una vieja que ganaba treinta sueldos por dia, vino á enriquecer su guarda ropa; en fin reemplazó á su papalina de tul que formaba su tocado ordinario con un sombrerillo de velo. Por lo demas nadie pensó sacar de estas innovacionesuntuarias consecuencias deshonorosas ó ridiculas para Catalina. Lo único que hicieron las curiosas plegadoras fué preguntarse sonriendo si iba á casarse su compañera; pero sin que ninguna de ellas creyese por un momento en la realizacion de semejante broma. De esta suerte pasaron ocho meses.

Un dia no pareció en el obrador la vieja plegadora, y entonces si subió de punto el asombro general, por que nadie la igualaba en exactitud. Despues de muchos comentarios y preguntas recíprocas, principiaron las inquietudes y las zozobras, y se decretó por unanimidad que una de las aprendizas fuese á casa de Catalina Michelin á fin de averiguar el motivo que la habia impedido asistir al trabajo, eligiéndose para esta comision á una de las mas jóvenes que se llamaba Juana, y que era la favorita y ahijada de Catalina.

La joven mensagera volvió muy pronto, toda azorada, diciendo que la vispera por la noche se habia caído en la calle Catalina y se habia roto una pierna, de cuyas resultas se hallaba en cama gravemente enferma; que en la actualidad tenia calentura y su estado inspiraba serios temores.

Unánime fué el sentimiento que produjo entre todas las operarias semejante noticia, y con el consentimiento del mismo maestro se dirigieron todas en masa á casa de la enferma. Juana no habia exajerado nada; Catalina tenia la pierna derecha rota, y el médico no parecia muy tranquilo con las consecuencias de este accidente. Llegó precisamente en el momento en que las compañeras de Catalina invadían tumultuariamente el cuarto de la enferma; por cuya razon las detuvo en el umbral, les esplicó los graves inconvenientes que podria causar á la enferma tanto ruido y emocion, y las invitó á que dejaran su visita para mas adelante cuando el estado de la enfermedad lo permitiese.

—La única cosa que puedo permitir, concluyó, es que por turno venga cada una á pasar el dia y la noche al lado de la que parece con razon inspiraros tanto interés; aun seria preferible que una sola se encargase de este cuidado, por que de este modo le seria mas facil seguir los consejos que yo daré para asegurar la cura de vuestra amiga.

Inmediatamente se pusieron á deliberar las plegadoras en la misma meseta de la escalera, y como era natural, cada cual queria ser la elegida. Despues de largos debates y discusiones en voz baja, se designó para desempeñar las funciones de enfermera de Catalina Michelin, á la

huérfana Juana, á quien segun hemos dicho, profesaba Catalina gran afecto, y á quien habia sacado de una situacion miserable para darle colocacion en la libreria. Juana pues, largamente instruida sobre el modo con que habia de cuidar á Catalina, permaneci6 sola al lado del médico que disolvió la asamblea deliberante. Esta sin embargo volvió á reunirse en la calle, si bien con el designio de suplicar al encuadernador que anticipase á Catalina en caso de necesidad la suma necesaria para que de nada careciese hasta lograr su curacion; ademas se resolvió que una hora de trabajo extraordinaria indemnizase todos los dias de este anticipo al librero.

Durante este tiempo Juana se instaló al lado de Catalina, que por el pronto no reparó siquiera en la presencia de su protegida: esta despidió á la asistenta que se habia llamado en el momento de la ocurrencia y se sentó al lado de la cama en que la enferma inmóvil, parecia sumergida en un estupor profundo, del cual no salió hasta la hora en que acostumbraba á salir de la libreria para dar su paseo misterioso; entonces abrió los ojos, levantó la cabeza y miró al rededor con cierto aire de asombro; despues haciendo un esfuerzo que despertó los dolores de su herida y le arrancó un gemido, pareció en fin acordarse de todo. Una lágrima corrió por sus mejillas arrugadas.

—Vamos, vamos, ánimo señora Catalina, dijo Juana que sentia tambien sus párpados húmedos, y cuya voz revelaba su emocion; ánimo, el médico me ha prometido que vuestra cura no será larga y pronto os podreis levantar.

—Pronto? repitió Catalina animándose; pronto, dices la verdad, Juana? no me engañas? me dices la verdad?

—Si señora, contestó Juana inquietándose un poco al ver el rostro de la enferma cubrirse de un vivo rubor y sus ojos animarse con el brillo vidrioso que caracteriza la fiebre; si señora, os digo la verdad, pero tranquilizáos! tranquilizáos!

Catalina dejó caer de nuevo su cabeza sobre su almohada murmurando:

—Pronto! pronto! dices la verdad?...

Los pronósticos del médico eran demasiado exactos, durante ocho dias permaneci6 la enferma entre la vida y la muerte; el delirio no la abandonó un instante en toda esta larga y peligrosa crisis. En medio de las palabras incoherentes que la fiebre arrancaba á su boca, pronunciaba sin cesar el nombre de Julieta; creia ver á la misma á quien nombraba: la llamaba, la hablaba y le dirigia las espresiones mas tiernas.

Una semana entera transcurrió sin que viese Juana la menor mejoría en el estado de su enferma: nada bueno podia anunciar á la diputacion de la libreria que venia todas las mañanas y tardes á preguntar por el estado de Catalina. La misma Juana interrogaba sin cesar al médico, y este solo contestaba con un suspiro y meneando suavemente la cabeza. En fin transcurrida esta lúgu-

bre semana, despues de haber consultado el pulso de la enferma, dijo el médico á Juana que queria leer su pensamiento en sus ojos:—Espero que la salvaremos.

Juana escribió inmediatamente esta feliz nueva á sus compañeras, y no vaciló en tomar de los fondos confiados á su cuidado por las plegadoras, la enorme suma de 25 céntimos, que dió al hijo del conserje, para que llevase la carta á la libreria.

El médico no se habia equivocado; la fiebre habia perdido su intensidad, el delirio no volvió á aparecer y la postracion se disipó poco á poco. Cada dia se notaba una nueva mejoría; una mañana se incorporó Catalina en su cama con gran alegría de Juana. Pasó por su frente sus manos descarnadas y pareció hacer un esfuerzo para coordinar sus ideas y sus recuerdos.

Miró á su alrededor, reconoció á Juana y se sonrió.

—Cuánto he sufrido esta noche! dijo, y que larga me ha parecido con sus sueños penosos y su terrible fiebre!

Juana no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—Una noche, señora Catalina! una noche! Pronto cumplirán diez dias que habeis estado luchando con la enfermedad.

—Diez dias! exclamó Catalina, diez dias! Oh Dios mio! Dios mio! Luego no habeis querido permitirme que la salve....vamos, Juana, vamos, continuó con estremada agitacion; dadme lo que es necesario para vestirme. Dios mio, que no llegue demasiado tarde!

Pero agotada por este esfuerzo volvió á caer, el sudor bañaba su rostro y sus manos temblaban convulsivamente.

—Calmáos, calmáos, madrina mia, contestó Juana asustada por la agitacion que habian causado sus palabras imprudentes; tranquilizáos en nombre del cielo!

—Te digo que es menester que salga ahora mismo, replicó Catalina levantándose; es menester que la salve si es tiempo todavia.

En este momento llegó el médico; trató de tranquilizar á la enferma y hacerla comprender la imposibilidad de dejar la cama. En fin, no viendo en la perseverancia de Catalina en querer levantarse mas que una obstinacion propia de los años, le dijo con voz firme:

—Necesitais guardar cama lo menos dos meses enteros; sino mostrais resignacion y ánimo no respondo de vuestra cura.

—Y qué me importa mi cura? qué me importa mi vida? exclamó; daria todo lo que me queda de existencia por una hora, por una sola hora de libertad.

Este estado de agitacion no duró largo tiempo en la enferma: dos ó tres minutos despues de la exclamacion, volvió á caer Catalina en el estupor de que la habian sacado poco antes las imprudentes palabras de Juana. Esta esperaba ver todavia

reaparecer el delirio, como se lo habia anunciado al retirarse el médico, sumamente disgustado de la agitacion febril de la enferma. Pero cuál fué su sorpresa, cuando dos horas despues, Catalina que parecia sumergida en una meditacion profunda le hizo señas con la mano para que se aproximase á la cama.

—Escúchame bien, hija mia, dijo modulando su voz de modo que no la fatigase y pudiese llegar al cabo de lo que iba á decir; escúchame bien Juana: atravesarás el Luxemburgo: te dirigirás á las berjas que dan á la calle de Enfer y que dejan ver con facilidad los jardines de que se halla rodeado el Jardin Real. Por entre los árboles de estos jardines distinguirás una casita con una escalinata y dos estatuas de mármol blanco. Van á dar las cuatro, te sentarás detras de un árbol corpulento, desde donde podrás mirar sin ser vista. Los arbustos espesos impiden observar nada en este jardin, escepto sin embargo desde el si-

tio que te indico, desde donde podrás distinguir perfectamente las personas que salen de la casa, que entran en el jardin y se pasean por él. Asi que te repito, hija mia, que te sientes detras del árbol gordo; pero hízlo sin afectacion y no mires sino á hurtadillas; á las seis vendrás á contarme todo lo que hayas visto y oido.

—Pero cómo quereis que os deje sola durante dos horas? replicó Juana temiendo que hubiese dictado el delirio semejantes órdenes.

—Escucha, interrumpió Catalina, sino me obedeces, te juro que me arrastraré como pueda hasta allí, aunque me cueste la vida.

Despues de nuevas observaciones de Juana y de nuevas instancias por parte de Catalina, fué preciso que la jóven se prestase á obedecer. Catalina la repitió las instrucciones que ya la habia dado, hizo que se arreglase un poco sus vestidos y no descansó hasta despues de haberla visto salir.

(Se continuará.)



LA CAMPANA DE MOSCOU.

Tienen los rusos á las campanas una veneracion que puede llamarse pasion singular. Pocas iglesias se ven en aquel pais que no posean muchas y muy hermosas colocadas en campanarios separados de ellas. Las campanas las tienen fijas á una viga, de manera que no pueden voltearse como las de

nuestras torres, sirviéndose para tocarlas de una cuerda que las hace oscilar y por consiguiente producir sonidos. Una de las mas notables que poseen es la que existe en la iglesia de San Ivan en Moscou; pesa ciento catorce mil libras y solo se toca en las mas grandes solemnidades; pero aun poseen otra mucho mas extraordinaria, que pesa cuatrocientas treinta mil libras.

Esta monstruosa campana se halla en un profundo foso, en el centro del famoso palacio de Kremlin que se alza en el centro de la ciudad. La campana existe aun hoy en el mismo agujero en que la fundieron, y no está colgada en ningun campanario, porque les sería á los rusos mas fácil el intentar suspender un navío de guerra artillado y con toda su tripulacion.

Habiendo estallado un incendio en Kremlin, devoraron las llamas las estancias superiores á la en que se halla la campana, y habiéndose esta caldeado, el agua que le cayó de la empleada para cortar el fuego, produjo la rotura que tiene aun hoy en su base. Nuestro grabado dá una idea bastante exacta de su monstruosa mole, y de la escalera que hay practicada para descender á la cavidad que ocupa, pudiendo decirse que es una verdadera montaña de metal. Afírmase que entre los metales que la componen se halla en grandes proporciones el oro y la plata.

En los dias de fiesta acuden los rusos á visitar esta campana con tanta devoción como si fuera una iglesia. La base de ella está dos pies enterrada en el suelo; pero al nivel de éste tiene de circunferencia cerca de sesenta y siete pies. Su altura es de veinte y su espesor de veinte y tres pulgadas.

No se fija con exactitud la época en que se fundió, pero si hemos de dar crédito al autor de un viage por Rusia, de cuyo libro hemos tomado estos apuntes, la supone en 1633, aunque las tradiciones del pais, en cuyo apoyo se hace mérito de la figura de muger que está representada en la superficie de la campana, la remontan al reinado de la emperatriz Ana, que sucedió á Pedro el Grande en 1725.

Esta campana es sin contradiccion la mas grande y la mas pesada de todas las que existen, y es tal la supersticion del pueblo ruso, que no se atrevería el gobierno sin esponerse á una revuelta, á convertir en objetos artísticos ó de utilidad pública aquella enorme masa de metal.

UNA CARESTIA EN PALERMO.

Desde la antigua Roma hasta nuestros dias, cada pais ha tenido sus tribunos. El Capitolio se acuerda todavía de Cola de Rienzo, y Gante no ha perdido la memoria de Juan Van Artevelde.

Palermo, como los demas ha tenido su tribuno, llamado José de Lisi.

Era este un jóven de buena presencia, de imaginacion apasionada, de corazon fogoso, lleno de ese entusiasmo y de ese fuego que debe el hombre á las primeras creencias, á esa época feliz de la vida en que la fria esperiencia no ha tenido aun tiempo de helar todas las ardientes y santas ilusiones.

Cuando el pueblo tiene hambre es menester que coma. Por mas que un gobierno proteste de

su amor hácia él, por mas que le haga entrever cosas pomposas para reducirlo á la calma, al silencio, y por mas que le prometa, en premio de sus privaciones, la libertad, palabra mágica, espejo continuo de la multitud, fruta de Tántalo que no prueba jamás, el pueblo espera dos dias, una semana; pero en fin, cuando siente su estómago enteramente vacío, se reúne el dia menos esperado en una plaza al lado de un granero lleno de trigo, pide pan, y si no se lo dan, acaba por tomarlo de las mesas reales, dentro de los mismos palacios, cuyas puertas rompe en uso de su derecho: por que despues de todo, á pesar de las razones políticas, es menester que el pueblo coma.

Pero precisamente esto es lo que no comprendió, ó no quiso comprender el virey español don Fernando Velez, que por sus continuas dilapidaciones, y sus esportaciones de trigo siciliano, acabó por causar tal carestia en Palermo, que apenas lo hubiera ocasionado igual un bloqueo de dos años.

El pueblo tuvo toda la paciencia que pudo, pero exasperado al fin, oyó los consejos de rebelion y se reunió en actitud hostil en la plaza mayor de Palermo.

Allí, un jóven, José de Lisi, se subió sobre un poste, arengó con calor á la multitud, le habló de emancipacion de la tiranía española, lo inflamó, lo exaltó y se puso á la cabeza para marchar al palacio del virey.

Apoderáronse los amotinados del palacio; el virey y las tropas españolas tuvieron que evacuar la ciudad, y Lisi se preparaba ya á proclamar una autoridad nueva, la autoridad del pueblo. La nobleza, justamente alarmada, se reunió á los restos del ejército español y marchó contra los descontentos.

Pronto todas las calles de la ciudad se transformaron en campos de batalla y se disparaba desde los balcones, desde las ventanas, desde los tejados, por todas partes.

Lisi animó á los sublevados con sus palabras y con su heroismo, hallándose siempre á la cabeza cuando era preciso marchar, y en el punto de mas peligro cuando era preciso combatir.

El pueblo, ya vencedor, iba á incendiar el palacio del virey, cuando Lisi fué herido en el corazon y cayó en medio de los suyos gritando todavía: *Muerte al tirano! pan, pan!*

El pueblo amotinado necesita de un gefe; muerto Lisi, la multitud se dispersó delante de la nobleza y le abandonó su triunfo.

Pero, por mas que se diga, siempre se gana con enseñar los dientes á la tiranía.

Aterrado don Fernando con esta terrible leccion y temiendo que fermentase mas en los ánimos la levadura revolucionaria, dió el pan que habia negado, aligeró los impuestos y logró que se bendijera mas tarde el poder que tanto se habia aborrecido.



EL MORSO.

Impropiamente llamado *caballo marino*, porque se asemeja mas y puede decirse con mas propiedad que es un elefante de mar; y porque mientras que no presenta casi ningun punto de contacto con el caballo, se parece extraordinariamente al elefante en lo enorme de su mole, en el espesor de su piel, la configuracion de sus pies, el marfil de sus colmillos, y tambien por sus costumbres esencialmente dulces y sociables. El parecido seria exacto si no careciese de trompa.

Todas las especies de amfibios viven con preferencia en alguno de los dos elementos. El del morso es el agua, donde se maneja con toda su fuerza y agilidad. En tierra es pesado, perezoso sus movimientos y parece como espatriado. Al menor asomo de peligro se lanza al mar.

Antes que les persiguiesen los hombres se encontraban frecuentemente morsos en las orillas del golfo de San Laureano; pero en gran número; muchas veces en tropas de cuatrocientos ó quinientos; mas ahora solo se ven en la costa del norte de Labrador, en la habia de Hudson y en algunos sitios de las islas Magdalenas.

Cuando el morso ha adquirido todo su desarrollo suele pesar de cuatro á seis mil libras, y suele haberlos de mas de veinte pies de longitud.

La carne del morso es de un gusto insopor-

table y despidе un olor pestifero. El deseo de cazarlos es por el marfil de sus colmillos y el aceite que se extrae de su cuerpo. Uno de estos animales de dimensiones regulares puede producir hasta mil libras, y sus colmillos, que pesan de tres á seis, son de un marfil superior, particularmente los mas gruesos que por su mayor densidad son mas apreciados.

Generalmente se creia que se alimentaban de mariscos y plantas marinas; pero ya está demostrado que tambien devoran á los peces pequeños, y que sobre todo son muy aficionados á los arenques.

En el verano cuando son mas fuertes los calores acuden los morsos á las riberas y se duermen sobre las rocas; siendo esta la ocasion que aprovechan los cazadores para cogerlos. Estos cuando los ven en esta disposicion, procuran interponerse entre ellos y la mar, y les hostigan pinchándolos á fin de alejarlos lo posible del agua, internándoles tierra á dentro. Cuando los tienen á la distancia que les conviene, comienzan con formalidad el ataque y si tienen la fortuna de matar á los que figuran en primera linea, caen todos en su poder, porque son demasiado pesados para volver al agua, teniendo que salvar el obstáculo que les oponen los cuerpos de sus compañeros. No siempre tampoco consiguen los cazadores facilmente la victoria, porque cuando los morsos se sienten heridos suelen oponer una re-

sistencia desesperada, acometiendo á derecha é izquierda todo lo que alcanzan sus colmillos; pero lo que hay de mas cierto, es que cuando ven inevitable su muerte lanzan gemidos dolorosos. Tambien se aman singularmente entre sí, y mientras combaten se ayudan unos á otros acudiendo en socorro de los que caen heridos, ó de aquellos que se ven espuestos á mayor peligro.

Fuera del caso de defensa, no acomete nunca el morso al hombre y solamente huye al divisarlo.

Los rusos habian casi abandonado la caza y pesca de los morsos por que les producía poco; pero de algunos años á esta parte han vuelto á entenderla con mas ardor y buen éxito.

LOS GRANADEROS.

En Francia fué donde tuvo origen la institucion de los granaderos; dándoles el nombre de *muchachos perdidos*, á estos escogidos soldados que empleaban en los puestos avanzados y en pequeños cuerpos que hacian marchar á la cabeza de las columnas de ataque. Igualmente eran los destinados á despejar el camino de los convoyes, y á dar los primeros el asalto á una plaza. En 1537 época de la invencion de las granadas, se les proveyó de este mortífero proyectil, y en 1667 fué cuando tomaron el nombre de granaderos y dotaron con cuatro á cada compañía de infantería.

En tiempo de los primeros granaderos, iban estos armados de una hacha, un sable y una *granadera*, especie de bolsa de cuero para llevar doce ó quince granadas. Las granadas eran de á 4 de calibre, pesaba cada una dos libras proxima-mente y se les prendía fuego con una mecha.



Granadero de 1667.

Algun tiempo despues se formó para cada regimiento una compañía de granaderos; andando el tiempo se formaron tambien regimientos completos armados como el resto de las compañías del ejército; es decir que no llevaban granadas de mano como en la época primitiva de su institucion. Todas las naciones de Europa han ido imitando sucesivamente á la Francia en la creacion de estos soldados.

Ahora ponemos bajo la inspeccion de nuestros lectores al granadero del año de 1812; al granadero, tipo de los que en sus legiones, llevaba Bonaparte, y cuyo valor asombró á las naciones y dejó en casi todas ellas recuerdos mas ó menos funestos.



Granadero de 1812.

Geografía del reino vegetal.—Se tiene calculado que en Spitzberg, que se halla situado cerca del vigésimo grado de latitud norte, no se encuentran mas que 30 especies de plantas vegetales diferentes; en la Laponia que se halla bajo el 60.º hay próximamente 345; en Islandia, que se halla á los 65.º hay 535; en Suecia que se estiende desde la parte meridional de la Laponia se cuentan 1500; en el Brandeburgo, entre los 52.º y 54.º 2000; en el Piamonte, entre los 43.º y 46.º 2800; en la Jamaica, entre los 17.º y 19.º 5000; en Madagascar, que se halla bajo el trópico de Cáncer, entre los 13.º y 14.º pasan ya de 5000.

Valor del agua.—En el desierto de Azad, se ven dos monumentos cuyo origen está explicado en los epitafios grabados sobre el mármol de que están contruidos. Estos sepulcros encierran las cenizas y consagran la memoria de dos hombres que murieron en aquel mismo lugar; el primero es el de un poderoso comerciante; el segundo el de un simple conductor de camellos. El comerciante compró á su humilde compañero la cantidad de una copa de agua por la exorbitante suma de diez mil ducados; pero este sacrificio fué inútil porque la cantidad de líquido no era bastante para satisfacer la imperiosa necesidad de la sed; el conductor tampoco poseía mas que otro tanto, y de consiguiente los dos sucumbieron despues de haber celebrado un negocio tan singular.

—Una deplorable fatalidad ha llenado de afliccion últimamente á los habitantes de una reducida aldea de las cercanías de Lounciers. Trabajaba en el campo un padre con su hijo, jóven de diez ó doce años; y fuera por desobediencia de este, porque no ejecutaba con exactitud lo que aquel le mandaba ó por un desastroso impulso de cólera, fué el hecho que le tiró una herramienta que dándole en la cabeza lo dejó muerto en el acto. Sobrecogido por la desesperacion corrió á su casa y refirió á su muger la desgracia que acababa de ocurrirle. La desgraciada madre tenia en sus brazos otro hijo pequeño que alimentaba con la leche de su pecho, y lo dejó en la cuna con la esperanza de ver si llegaba aun á tiempo de socorrer al otro desgraciado. Pero ah! la noticia era demasiado exacta! sus brazos no traian ya mas que un cadáver.

Durante su corta ausencia, habia entrado en la casa cuya puerta habia quedado abierta, un puerco que habia volcado la cuna y devorado parte de los miembros de la infeliz criatura.

Cómo describir el dolor y la angustia de la pobre madre? al echar su mirada sobre aquel espectáculo cayó al suelo desmayada sobre el inanimado cuerpo del hijo que sustentaba en sus brazos, y sobre algunos destrozados miembros del otro, restos deplorables del festin del inmundo animal.

Últimamente cuando volvió de su parasismo, fué para llorar una tercera desgracia. Víctima de su desesperacion, su marido se habia ahorcado.

REVISTA DE LA SEMANA.

COMUNICADO. Don José Tomás, escultor de cámara de S. M., nos ha dirigido una atenta carta, invitándonos á que rectifiquemos lo que respecto á la construccion de las esculturas que adornan la fuente monumental de la plaza de Oriente, dijimos en el número 7 de nuestro periódico, pues su delicadeza no le permite que se le atribuya mas parte en la ejecucion de estas obras, que la que realmente ha tenido. Ignorando nosotros los pormenores que el señor Tomás se sirve poner en nuestro conocimiento, nos limitamos en el artículo que publicamos con el título de *El jardín de la plaza de Oriente*, á designar los artistas á cuyo cincel se debian las bellas esculturas que adornan la fuente monumental que se ha erigido delante del real Palacio.

Aplaudiendo nosotros, como debemos, la escusiva delicadeza del señor Tomás, accedemos gustosos á la rectificacion que solicita, manifestando, que aunque por real órden de 15 de setiembre de 1842, se encargaron por mitad todas las obras de escultura que se han colocado, inclusa la restauracion y colocacion de las 40 estatuas colosales que forman la primera elipse, á don Francisco Elias y al espresado don José Tomás, como únicos escultores propietarios de la real cámara, el señor Tomás no tiene mas parte en la referida fuente que la estatua del Río que mira á la puerta del Príncipe del real Palacio, pues por haber perdido la salud y ausentándose de Madrid para restablecerla, cedió á su compañero el señor Elias las obras que le correspondian; y aun cuando á su regreso, pudo continuarlas y concluir las para el tiempo prefijado, no lo verificó á causa de no habersele permitido por razones que respeta é ignora, quedando don Francisco Elias esclusivamente encargado de ellas.

TEATROS. En el del Circo se ha puesto en escena *el Hernani*, ópera en cuatro actos, que ha obtenido un éxito brillante, y su desempeño ha sido de lo mejor que hemos visto en este teatro en la presente temporada. Tambien ha sido aplaudido en el del Principe el drama titulado *la Infanta Galiana*, que se ha puesto en escena á beneficio del señor Garcia Luna. En la próxima semana principiarán en la Cruz las representaciones de ópera con la *Lucrezzia Borgia* del maestro Donizzetti.

LICEO. La sesion del jueves estuvo concurrida y animada como siempre. Se ejecutó por la seccion dramática la comedia titulada *la Moza de Cántaro*, y la pieza á lo *Hecho pecho*.

PALACIO. En esta semana han dado SS. MM. una gran comida de cien cubiertos; para el mes próximo se disponen algunos conciertos, á cuyo fin se está habilitando el gran salon de Embajadores.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 11.